

HISTORIA

MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN

**CRÓNICA SENTIMENTAL
DE LA TRANSICIÓN**



 **DEBOLSILLO**

2

ADIVINA QUIÉN VIENE A CENAR ESTA NOCHE

Con los ojos ateridos de histórico frío, ya en la década de los cincuenta, el viejo Horkheimer se planteaba el tema de la conciencia creciente de la destrucción del sujeto revolucionario como un monotema caro a todos los vinculados a la Escuela de Frankfurt. Ya casi caídas las medias y los ligeros de los años sesenta, hizo fortuna el sujeto revolucionario de nuevo tipo predibujado por Marcuse, sujeto revolucionario que si bien no cometió la grosería de hacer la revolución, sí contribuyó a desarrollar la industria del póster y de la canción protesta. Aunque la pieza básica de la revisión crítica de la teoría crítica frankfurteriana se fecha en *Sociología y Filosofía*, elaborada en 1959, 14 o 15 años después los convocados a las cenas políticas de don Antonio Gavilanes desconocían lo mal que ya estaba entonces la cosa en la conciencia marxista y pensaban que era urgente reconsiderar la tesis de que el liberalismo es pecado, porque con algo habría que hacer frente a la ofensiva prepotente del marxismo ibérico, una vez se hubiera producido el «hecho biológico», eufemismo totalizador inventado por don Manuel Jiménez de Parga para designar la innombrable muerte del Innombrable.

Eran cenas políticas madrileñas toleradas por el almirante, destapadoras de nombres y ambiciones, tendencias, posturas y posturitas. Las revistas entonces mejor situadas hacia el futuro, por ejemplo, *Cambio 16* o *Mundo*, hacían salivar a los treintañeros ligeramente desafectos al régimen, metiéndoles en listas de «españoles con futuro» encubiertas propuestas de rearme asociativo y de

liderazgos de centroderecha o centroizquierda. Y cuando en alguna cena política, con o sin Solís, estuviera o no estuviera frito Solís por lo que allí se decía, alguien insinuaba la necesidad de invitar a cenar al proletariado, se levantaba airado Barros de Lis y gritaba: «¿Y la burguesía qué? ¿Y la burguesía, qué?». Estas y otras cosas empleaba Luis Carandell para sacar el color de la roña del show de Celtiberia, página de *Triunfo* que era un ajuste de cuentas a la obsolescencia del presente, disfrazado de ajuste de cuentas al pasado. ¡Qué eufemistas éramos todos! La muerte de Franco se llamaba «hecho biológico» y el encastillamiento de los defensores del continuismo se llamó *búnker* desde las páginas de *Ruedo Ibérico*, extendiendo el sentido de una sorprendente declaración del sorprendentemente aperturista señor Fanjul, diputado a Cortes por el tercio familiar, mejor llamable tercio de quites, y preliberal activo, a pesar de ser superviviente del famoso episodio del Cuartel de la Montaña que había costado la vida a su padre, el general Fanjul, a manos de las hordas tártaras.

Cenas políticas con mucho consomé al jerez sin apenas clarificar y ternera a la jardinera o merluza a la vasca en el exilio. Y una noche salían los conspiradores con dos copas y dos ideas de más y se encontraban con que Fanjul decía: «No hemos de dejarnos matar entre las ruinas de la cancillería», y España estaba, o parecía estarlo, a las puertas del final de la Segunda Guerra Mundial en 1973. Y otra noche descubrían que habían cenado con el mismísimo Carrero, disfrazado de poeta concreto o de capador de cordones lector de León Felipe, pues muchos fueron los disfraces urdidos por el coronel San Martín para conseguir enterarse de los peligrosos conspiradores que eran el arquitecto Chueca y el cantautor Chapí.

EL ÚLTIMO PROFETA

Se dice que Leonard Cohen fue el último profeta rockero, el inútilmente prolongador del espíritu de compromiso crítico del rock de los sesenta. A España llegó algo tarde, tal vez por su condición de cantor lento, narrador de parsimoniosas historias que cre-

cían hasta llegar a la sanción moral, inmutable la voz casi a solas, en contraste con el rock sinfónico, el beat, el vanguardismo, el California sound y a mucha distancia de lo que con el tiempo sería el punk, el new wave, el electro-pop y otras chucherías del espíritu que en la última rigurosa contemporaneidad han ayudado a la juventud a envejecer sin suicidarse.

Los correosos *teenagers* españoles del comienzo de los setenta lloraron la muerte de Otis Redding, Janis Joplin, Jimi Hendrix, Jim Morrison y la crisis creativa de Dylan o el cansancio sonoro de la Baez, curados de toda clase de espantos. La separación de los Beatles había sido catástrofe suficiente como para vacunar contra cualquier desgracia, y los feligreses asumían la muerte de los rockeros como un cupo necesario para que tuviera sentido lo mucho que cobraban por predicar el no, la nada y el nadie. ¿Acaso la muerte no es un ejercicio más de la suprema libertad del esqueleto? ¿Y no había muerto Cristo, el mismo Cristo Superstar? Lejos, muy lejos, carroza muy carroza el mayo francés, los signos de la industria de la cultura anunciaban un bandazo de pesimismo con moralina, la inculcación de que era preciso cortar las rosas de la vida con sierra de bricolaje doméstico y congelar las sobrantes para el invierno. Ahí está *Love Story* para corroborar esta aventurada tesis o el éxito mundial de *Jesus Christ Superstar*, musical poscristiano que sustituiría a *Hair* o *Calcuta*, superproducciones a todo color de la mercancía cultural de la libertad. ¿*Jesucristo Superstar* en la católica España? Aunque no conste por escrito, es muy probable que su excelencia el jefe del Estado exigiera una y otra vez a Carrero el juramento de que jamás autorizaría la representación de *Hair*, *Jesucristo Superstar* y otros síntomas de la decadencia de Occidente. ¿Se atrevería alguna vez el almirante a contestarle que ambos productos y otros similares eran síntomas de la posmodernidad?

—¿De la pos... qué?

—De la posmodernidad, Excelencia.

Aún no se sabía por entonces que vivíamos en la posmodernidad, porque aún casi nadie se tomaba en serio lo del grado cero del desarrollo. ¿Y acaso el concepto de modernidad y posmodernidad no deriva de la conciencia del menos cero del progreso? Pero al

almirante la posmodernidad le hubiera parecido algo tan sospechoso y subversivo como García Trevijano, y por eso estuvo aquí prohibida la posmodernidad tanto tiempo, y cuando Miguel Ríos se subió a lo más alto del hit parade universal cantando una versión pop del *Himno a la libertad*, del conocido dúo Schiller-Beethoven, por aquí se tituló *Himno a la alegría*, porque en España libertad no había, pero alegría, alegría, a espuestas, y sol...

¡Un rayo de sol, ohohohoh...!

Y qué distinto tono seguía teniendo la sana España en el contexto de la decadencia de Occidente. Mientras nuestros conjuntos seudorrockeros componían y cantaban canciones para adolescentes que aún debían volver a casa antes de las doce, en viaje de vuelta, antes de morir por exigencias del guión, Janis Joplin cantaba: «De nada sirve ser libre, chica. / Veo cómo miras el cielo. / Yo sé por qué esto te hace feliz. / Pero en realidad sólo te hace llorar. / Creo que tú también tienes buenas intenciones, / pues todas ellas logran transparentarse. / Cualquier cosa que des al mundo exterior / yo te lo devolveré».

Curiosa propuesta de madriguera cantada a voz en grito ante miles de personas. Tres años después del alumbramiento de una nueva nación universal, de la nación de la juventud, de la nación de Woodstock, los jóvenes del mundo descubrían estupefactos que nunca tendrían el suficiente dinero para envejecer con dignidad y poderse comprar un coche y una parcela como sus padres. Y, lógicamente, empezaban a sentirse estafados y volvían la espalda a la historia de la creencia de que así era más fácil disfrutar la vida. «El tiempo pasa, los amigos se van. / Yo sigo adelante, pero nunca supe por qué», escribió y cantó la Joplin antes de morir.

EL SÍNDROME DE ESTOCOLMO

Los hijos de Rudy Dutchke y Cohn Bendit trataban de zarandear a Willy González, también conocido por Felipe Brand. Los jusos lanzaron el canto del cisne de la izquierda libre en la naturaleza

Crónica sentimental de la transición, publicado por primera vez en 1985, recoge los reportajes escritos por Vázquez Montalbán para el suplemento dominical de *El País* a lo largo de 1984, de la misma manera que en *Crónica sentimental de España* se recogían los artículos publicados en 1969 por la revista *Triunfo*.

En cierta manera homenaje y continuación de este carismático libro, escrito con el estilo fresco, irónico, perspicaz y profundamente crítico que caracteriza la obra periodística de Vázquez Montalbán, por *Crónica sentimental de la transición* desfilan fachas, ultras, socialistas, cenas políticas, el destape español, las conspiraciones y, cómo no, obispos y monarcas, todos protagonistas de un período que para el autor no fue más que un reflejo de las contradicciones de un país que despertaba al cambio sin resolver las deudas con su propia historia.

«Manuel Vázquez Montalbán es, en definitiva, la conciencia crítica más influyente de la izquierda no instalada.»

JOAQUÍN ESTEFANÍA

www.megustaleerdebolsillo.com

